

CREYENTES Y NO-CREYENTES

UN cristiano no puede sentirse satisfecho de su fe», ha dicho el arzobispo de Sevilla, cardenal Bueno Monreal.

Y no puede estarlo «mientras existan a su lado personas o grupos sociales alejados de la Iglesia».

Hay dos tipos de alejados: 1) los «que conservan todavía un rescoldo de fe, y de alguna esporádica práctica religiosa»; y 2) los que «se han asentado ya en la increencia».

No se pueden llamar alejados a aquellos que todavía son profundamente cristianos, aunque no lleven la insignia de católicos en sus solapas. Porque —como los protestantes y ortodoxos responsables— se encuentran muy cercanos, y —a veces en casos concretos— nos superan a nosotros con sus vidas por su fidelidad al mensaje esencial de amor del Evangelio.

Resulta así una ficción —que tendría graves consecuencias futuras— querer conseguir la unidad católica de España a fuerza de leyes y prohibiciones para el que no se titula católico; y de privilegio, ventajas y defensas para los que nos llamamos así.

Es desorientar también el problema pretender una enemistad entre ellos y nosotros, que —cuando uno se acerca a un protestante— está muy lejos de ser así.

Mi experiencia en esto es significativa y a todos puede hacer reflexionar. Yo nunca he tenido conflicto alguno para entenderme con los protestantes españoles; con esa minoría fogosa de evangélicos, que forma una «pequeña grey», como llamó Jesús en el siglo I de nuestra era a todo rebaño religioso del futuro.

Nunca he visto tampoco en ellos al enemigo; ni ellos lo han visto en mí. Los 30.000 (como los llamó la periodista católica Carmen Irisarry en su bello libro así titulado), son amigos para con quien no quiera tenderles un lazo, o apartarles con un violento empujón.

La primera vez que les conocí fue tras un artículo que hace tres años escribí en TRIUNFO. Creo que, por primera vez en España, una revista de gran difusión —como es ésta— publicó una relación de los grupos evangélicos en España, sin atacarles ni deformarlos. Sus doctrinas y organización eran expuestas en él —con mayor o menor acierto—, pero sin animadversión.

El resultado fue fulminante: el pastor más calificado por su labor cerca de los medios civiles españoles, el señor Cardona, me visitó, sin conocerme, para expresarme su agradecimiento y extrañeza.

Extrañeza por el tono y buena disposición del artículo. Y agradecimiento porque —como luego he comprendido— hay un mito tras el retrato que se nos ha hecho del protestante español: el mito del hombre resentido, aprovechado y oportunista.

Nada de eso he conocido, en general, en mi trato con ellos. Y no creo que todos sean santos; como no lo somos nosotros tampoco.

Las otras experiencias que con ellos tuve han sido: mi disertación ante la Asociación de Ministros protestantes del Centro de España; mis intervenciones en la asamblea de pastores de la Iglesia Evangélica Española y en el Congreso Nacional de los pastores de todas las denominaciones protestantes. En todas ellas hablé con total sinceridad de mis puntos de vista católicos, incluso en contra de la exposición del catolicismo actual que se hizo en el Congreso último de los citados: y la acogida no fue reticente, sino calurosa.

Les hablé una vez del catolicismo tal y como monseñor Moeller lo expone en su reciente conferencia sobre «Concilio y Ecumenismo». Allí, este abierto dirigente de la Curia Romana sorprende, a católicos y protestantes, con

la afirmación de que —en las doctrinas más delicadas que nos dividen, como es la justificación religiosa del hombre ante Dios— hay que reconocer que en «ciertos puntos en los que nos creíamos muy lejos unos de otros, estamos más cerca de lo que pensábamos».

¿Quiere esto decir que no hay diferencias? No seamos ingenuos y reconozcamos que las hay; pero muchas menos de las que creemos. Sin duda son pocas las existentes entre un católico consciente y culto y un protestante con igual sensibilidad y cultura.

Y no es que yo no crea en el ecumenismo de «sonrisa». Creo sí en el ecumenismo de la cordialidad y la amistad sinceras y no en el de las palabras o gestos melosos de falso corte diplomático.

Pero el problema no está ahí. El problema en España es el del alejamiento de la Iglesia que el mundo y los hombres de hoy sienten y viven. He hablado de ello otras veces; pero ahora —en este Año de la Fe— hay que volver a plantearse con toda sinceridad.

Porque los alejados —esos dos grandes grupos de que habla el cardenal Bueno Monreal— «son muy numerosos entre nosotros». Más los que conservan un rescoldo de fe, que los asentados en su incredulidad; pero, al fin y al cabo, en constante crecimiento unos y otros.

Crece el ateísmo alarmantemente en nuestro país, a juzgar por las encuestas y sondeos que —con mayor o menor precisión— se están haciendo entre nosotros. Los jesuitas españoles están realizando una callada, pero importante labor, intentando clarificar la situación, mal que les pese a algunos impacientes «tradicionales», que querrian que todo siguiera igual en religión, estructuras sociales, etc... cuando la vida es evolución y cambio, imposibles de frenar. Y los datos e impresiones sobre el ateísmo y alejamiento, encontrados por estos investigadores religiosos son, en principio, descorazonantes. Carecemos de fuerza de atracción para muchos, es la conclusión que se desprende.

Entre los jóvenes universitarios, entre los intelectuales y los obreros se nota un profundo y grave apartamiento de la Iglesia y de las creencias religiosas.

Los universitarios y los intelectuales han llegado a esta postura sobre todo —creo yo— por una de las causas alegadas por el cardenal: «La autocrítica de la fe, en relación con la vida y las necesidades de los hombres de nuestro tiempo». No nos hemos adaptado a nuestro hombre o mujer jóvenes de la segunda mitad del siglo XX español, y la religión empieza, por eso, a no decirles nada.

Entre los obreros, el alejamiento se ha producido —aquí y fuera de aquí— por el «grave escándalo masivo de muchos cristianos en su conducta social», ¿qué les puede decir una estructura eclesial preferentemente preocupada en el mundo hispánico —como ha dicho el padre Arrupe— por las clases elevadas o bien situadas?

Unos y otros, además, se han escandalizado de las defectuosas estructuras humanas que todavía existen en la Iglesia actual.

Por eso «es preciso que en el interior de la Iglesia aceleremos una renovación a fondo para llegar a ser la Iglesia de todos; pero especialmente de los pobres», dice el arzobispo de Sevilla.

Nada conseguiremos en nuestro mundo occidental y español, mientras ciertos católicos —sobre todo si son eclesiásticos— tengan demasiada reticencia, cuando, por ejemplo, una organización de apostolado —Acción Católica, Congregaciones Marianas, HOAC, JOC o Vanguardias Obreras— se arriesgan a manifestar —oportuna o inoportunamente— «obras que demues-

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

tren nuestra fe en la dignidad de la persona humana y en la esencial igualdad de todos los hombres», como pide el cardenal. O cuando se quieren gobernar por ellas mismas con autonomía de seglares ya mayores de edad y no se acaba de comprender este desco.

II AY algunos —clérigos y seglares— que se pasan toda la vida mirando narcisísticamente a su propio pueblo desvitalizado y rutinario, sin fijarse en los hombres que están fuera, o se alejan constantemente por aburrimiento, cansancio o repulsión.

Aquí, en España, alegamos una razón para esta crisis religiosa que nos parece de mucho peso. No escandalizamos —se dice— con tanta novedad y tanta crítica, a los ignorantes de la comunidad católica. «Pero realmente —como dice el obispo de Guadix— su presencia —la de estos rutinarios— es un peso muerto que enerva a toda la comunidad». Estos fieles no hacen, sino engrosar aparentemente las filas de la Iglesia: no la hacen fuerte y maciza, sino que la mantienen con una falsa gordura de grasa inútil y fofa.

Si la masa obrera no está con las estructuras eclesiales humanas es porque le parecen empobrecidas vitalmente, pero no ejemplarmente pobres; es porque cree que les falta vitalidad real. Carecen, en parte, y a veces en la que es más visible, de una vida que atraiga al que padece de injusticia social, o de hastío por el conformismo que parece congénito a muchos de nuestros católicos. Ese excelente obispo de Guadix, que conocí de sencillo consiliario de la Acción Católica, denuncia «el conformismo externo de muchos cristianos» y se queja de tres graves defectos de nuestra situación religiosa: 1) Nos falta demasiadas veces un sano realismo, queremos ocultarnos la realidad para no reconocer nuestros fallos. 2) «Nuestra pastoral carece de garra», los medios y métodos de atracción y de desarrollo de nuestro mundo religioso no pueden convencer a nadie que tenga inquietud o fuerza. 3) Casi siempre vamos «a la zaga de los acontecimientos», en vez de ir delante de ellos con nuestra decisión y nuestra iniciativa.

Un alto eclesiástico, que no era español, enjuiciando este proceso de conformismo de nosotros, los católicos significados, me decía: «¿No será que falte un poco de valor humano y otro poco de heroísmo cristiano?».

Porque es muy fácil insistir constantemente en tópicos manidos como la defensa casi coactiva de la unidad religiosa que es visible en los cuadros externos del país; el peligro que el Concilio nos ha traído o la obediencia ciega —y poco razonable— a la autoridad católica. Pero nos olvidamos —al fijar nuestra atención en ello— de que la realidad humana se aleja de nosotros; de que el Concilio no es la interpretación de unos pocos, sino la del mundo católico entero; y de que la autoridad no consiste en un dominio irracional, sino en un servicio modesto y estimulador de los valores personales del creyente.

Podríamos incluso terminar como el padre K. Rahner, S. J., preguntándonos: ¿No se habrán alejado, estos incrédulos, de nosotros porque no creemos suficientemente en lo que decimos? ¿No serán incrédulos, paradójicamente, por tener más respeto que nosotros por un ideal absoluto en sus vidas? En una palabra: ¿no creen ellos en el fondo en Dios, más que algunos de nosotros, aunque no lo sepan nombrar?»

Levantemos la careta que tantas veces nos ponemos, y llamemos creyente al que de verdad lo sea con su vida, no con sus palabras, se llame o no católico.



¡y
qué
trajes
de
baño!

con

enkaSwing®
fibra elastómera

la asombrosa fibra
extraordinariamente
elástica que permite

una silueta

- * firme
- * flexible
- * femenina

Una fibra resistente al sol
agua, salitre, cosméticos...

¡a todo!

Acostúmbrese desde ahora
a pedir la etiqueta dorada

enkaSwing®

en sus trajes
de baño



Fibra elastómera producida por
La Seda de Barcelona, S. A.
Solicite información a:
Iberenka, S. A. - Apartado Postal 1020

IBERENKA. 8-3.67